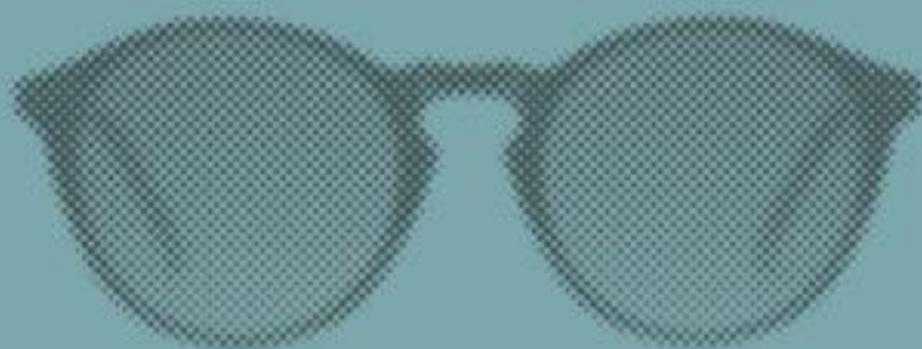


EDICIÓN DE KARIM GÁLVEZ

# ***Marta Brunet***

*Crónicas, columnas y entrevistas*



LA POLLERA

## Joaquín Edwards Bello

Marta Brunet, diario *El Sur*, 15 de mayo, 1927

Hay un cielo de cristal bruñido en la asoleada mañana otoñal. Las calles de mi barrio se anudan en curvas, resto de vieja ciudad ibera en el damero anodino que es Santiago. Voy ligera, con el aire frío anunciador del invierno besándome ahincadamente como amante enloquecido. Serpiente gris, la Alameda se calienta al sol. Atravieso la plaza Italia y por el tajamar que fuera continuo bordeando el Mapocho, camino de Montolín donde Edwards Bello me aguarda.

Chacra en los extramuros de Santiago hace veinte años, Montolín, hoy por hoy, queda en Providencia, ese barrio privilegiado, refugio de extranjeros y criollos en vivir señorial, calles anchas con el toldo de árboles añosos, palacetes en el anillo de los jardines bien olientes.

Joaquín Edwards Bello. Mientras marchó rápida, contra mi hábito me aisló del paisaje que me atrae: el río, el cerro, la cordillera. Voy recordando lo que representa entre nosotros este hombre, extraño producto moderno en que la "torre de marfil" del viejo lugar común, esa "torre de marfil" aisladora, no es sólo el reducto de lo ideal, sino atalaya de ojo avizorador a todos los horizontes de oído hiperestesiado, a todos los rumores, de lengua libre que bien sabe decir rebelión o aplauso. Así Joaquín no es el extático en sí mismo, sino el múltiple en la humanidad. ¿Alma de eco, entonces? No, sencillamente alma dinámica que sobre su propio eje sabe enfrentar todos los vientos. Por eso es novelista, cuentista, periodista.

Novelista. Su obra de juventud no la conozco. Leí *El roto*, recio grito indignado contra la roña del bajo pueblo ciudadano, esa roña física y moral que en el burdel acecha al roto para meterse en los glóbulos rojos, deshaciéndole el cuerpo mientras le llega al cerebro el ramalazo de locura, de idiotez o de crimen. Novela vertebrada, con los personajes vivientes en su psicología chilénísima, adolece de descuido en la prosa. Hay aún demasiada escoria de frase hecha, de imagen usada.

El galicismo parece dejado ahí como un parche escandalizador de críticos puerilmente castizos. Períodos largos cansan de inutilidad algunos capítulos.

Después viene *La muerte de Vanderbilt*, en que la reciedumbre de la tramazón se aligera con la imagen nueva. Y por fin, últimamente, *Tacna y Arica* más *Cap Polonio*, exponentes ambas de la modalidad que apunta en *La muerte de Vanderbilt*, ya en estas en plena realización, sensibilidad en plano de espectador observándose a sí mismo o en torno, imagen pirueteante y novísima, personajes en pie de universalidad, infantilismo buscado.

Cuentista. Con igual materia prima que en sus novelas y siguiendo, por lo tanto, la misma evolución, ha hecho Joaquín cuentos, no antes que según entiendo aquellos *Cuentos de todos colores* eran malitos, sino ahora publicados en revistas y diarios, gavilla tirada a todos los surcos que algún día se reunirá en un libro.

Periodista. Aquí es donde el atalaya mejor deja ver su atención a lo externo. Cada artículo de Joaquín es una pulsación del mundo. Así "La Gran Guerra", así "La Habana en sus Noches Lujuriosas", así "Madrid en su Gracia Chula". Así "Ginebra en la Paz Mundial", así "Londres Chimenea Británica".

No es Joaquín el viajero que mira y dice su visión como quien cuenta una película, no. Joaquín mira y mira hacia sí

mismo, buscando en el recuerdo el Chile que es y el Chile que quisiera. Compara. De ahí que siempre, viniera de donde viniera su voz, vibra en ella nuestro acento. Y entre uno y otro y otro de estos artículos cosmopolitas, está el puramente nacional, que la patria es la plataforma de la torre, firme sostén que no se abandona porque es "la patria" y en ella está el querer.

Así, reconstruyendo al escritor, llego a la verja de Montolín. Un viejecito acude al llamado del timbre, uno de esos sirvientes que nunca faltan en las casas chilenas de raigambre colonial de esos que llaman al señor "el patroncito" y a los hijos "los niños". Este de Montolín tiene unos mostachos blancos muy marciales y unos claros ojos prébites ribeteados de rojo. No sabe si Joaquín está en casa, y tengo que asegurarle que me aguarda a gritos para que me franquee la entrada.

Un parque enorme, con los plumeros de las palmeras sacudiendo el aire y los pájaros en locura de giros y trinos. Al modo español, una hilera de macetas florece en cardenales. La casa tiene una noble prestancia de otros tiempos, con un solo piso, bordeada de corredores y galerías, sin los aditamentos de hierros, de farolas y de maderámenes que el gusto actual está haciendo insoportable. Un salón. Muebles de caoba. Sillones y sofás de hondo mullido. Una tela grande, cuadro con arrestos velazqueños que muestra un guapo muchacho en tren de caza. Una puerta abierta a otro salón, exquisito exponente de la gracia frívola de la Regencia. Y en uno y en otros el toque artístico que sabe combinar coloridos y formas, poniendo en la uniformidad del azul una mancha amarilla, dando la luz necesaria a un Zurbarán, floreciendo un jarrón de Sévres, enmarcando las telas de escuela romana, paisajes desvanecidos, en una tapicería verde fuerte que las anima.

Y llega Joaquín.

Charlamos. No lo prevengo de que algo de cuanto me diga he de recoger para mis lectores. La entrevista "entrevista" suele poner en guardia y hacer una actitud falsa. Yo he venido a conocer la casa de la madre del escritor, y mientras Joaquín acaba de mostrarme la maravilla que es, voy enredando las preguntas a lo que quiero saber.

—Se está en Chile, ya de hecho, pero como las distancias espirituales son tanto mayores que las geográficas y resulta que aunque yo esté aquí físicamente aún tengo el espíritu en Europa.

Habla con una vehemencia de meridional, levemente teñido de madrileñismo el acento, accionando mucho, todo él dinámico tal que su obra.

—¿Piensa quedarse acá definitivamente?

—A lo menos por una larga temporada. Tengo ansia de reposo para poder realizar todo el lastre que catorce viajes me han dejado.

—¿En novelas?

—Sí.

—¿Persistirá en la modalidad de *Cap Polonio*?

—Buscando siempre la vibración nueva por cierto. En esto de irse renovando sucede que la obra que vamos dejando atrás nos parece ajena y la juzgamos con el criterio del momento, despiadadamente. Yo me desespero pensando en ese *Cuentos de todos colores* y lo único que siento es no tener dinero suficiente para comprar todos los ejemplares que están en las librerías para prenderles fuego. Ahora mismo estoy revisando *El roto*, para darlo en una tercera edición, ya que el público lo pide, y casi lo he rehecho, suprimiendo capítulos enteros, agregando otros, poniéndolo en lo posible acorde con mi sentir actual.

—¿Estaba usted muy arraigado en España, verdad?

—Completamente. Es que la vida española es maravillosa, Marta. Allá me recibieron muy bien y es aquello como mi propia casa. Ramiro de Maeztu, Giménez Caballero, Jacinto Grau, Araquistáin, Ricardo Baeza, tantos otros representantes de lo mejor que actualmente hay en España, son mis amigos. El escritor español gusta de hacer vida social y cada uno, sencillamente, tiene su día de recibo, academias libres con mayor interés que cualquiera oficial. Ahí los talentos más taciturnos, más herméticos, cobran palabra en las discusiones apasionadas. El español habla, y así la calle, el café, el teatro, la casa, son vitales para entronizar la paradoja. Y no sólo el mundo literario y artístico es interesante: la aristocracia, la burguesía, el bajo pueblo: todo es de un endiablado color obsesionante.

—¿Qué valores nuevos se destacan en el mundo de las letras?

—Luis de Aragón, Guillermo de Torre, Caballero, Salinas, Alvarez, llamado el grupo de "Occidente".

—¿Y mujeres?

—Ni en las nuevas ni en las viejas: ninguna. Pero hay una mujer en América que los tiene a todos embrujados: Victoria Ocampo, la argentina.

—¿Y Gabriela Mistral?

—La quieren mucho y la admiran también enormemente.

—¿Qué otro nombre americano tiene allá resonancia?

—Rodríguez Larreta, Carlos Rey, Armando Donoso, Alfonso Re, D'Halmar, Pedro Prado, Ricardo Guirales, González Martínez.

—¿Y de los nuevos?

—Oliverio Girondo, Pablo Neruda y, más que nadie, Huidobro, a quien se considera cosmopolita.

—¿Y qué me dice de nuestra política, Joaquín?

—¡Qué quiere! Como en todos los países, sufre una crisis

la democracia por no haberse sabido asimilar al principio de autoridad. Cuando pienso en que el pueblo delegó el máximo de confianza y simpatía antes nunca vistas en el Presidente Alessandri, no puedo permanecer sereno. Si Don Arturo pudo hacerlo todo, todo. ¡Cuántas voces decíamos entonces que la democracia sin autoridad fracasaría! Ahora ha ocurrido que los fuertes enderezaron ese poder caído en la turbamulta parlamentaria. Pero aun actualmente el pueblo recuerda a su Arturito, que tuvo el poder de promover el cambio y que inició en Chile la salvadora renovación. No podemos olvidar que las leyes sociales son su obra.

Hemos recorrido la ringla de salones suntuosos, luego entramos al departamento de Joaquín, austero en los muebles de caoba, de auténtica pátina, con el escritorio en orden de papeles y libros que me maravilla un poco y la pieza de sus hijos en el otro extremo, muy blanca, muy reidora.

Y como ya hemos visitado la casa toda en su primer cuerpo de edificio, volvemos a recorrer los salones para salir al segundo patio, claustral y rodeado de galerías llenas de bargueños, de arcones, de roperos bretones, de armarios flamencos, de muebles interesantes de vejez, para llegar al comedor abovedado, rememorar de salas de yantar de viejos castillos, pieza de proporciones maravillosas, con muebles de sobria elegancia y chimenea de campana. Tres puertas abren en un extremo sobre la perspectiva del parrón adentrándose en el parque hasta lindar con el Mapocho.

Y como los niños de Joaquín avanzan por entre los árboles en compañía de su institutriz francesa, vamos a su encuentro para darles un beso y seguir luego por el parque en oro de otoño, charlando muy apaciblemente.